I F I-
GENIA CRUEL

Poema dramático, con un comentario en prosa por

ALFONSO REYES



BIBLIOTECA
CALLEJA

M B Dawes
June 6, 1926.

BIBLIOTECA CALLEJA

PRIMERA SERIE

ALFONSO REYES

IFIGENIA CRUEL

Poema dramático, con un comentario en prosa



MCMXXIV

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.

CASA FUNDADA EL AÑO 1876

MADRID

ALDUS, S. A., Artes gráficas, SANTANDER

IFIGENIA CRUEL

PERSONAS

IFIGENIA, *sacerdotisa y sacrificadora.*

ORESTES, *náufrago.*

PÍLADES, *su amigo.*

TOAS, *Rey de los Tauros.*

PASTOR, *mensajero de noticias.*

CORO DE MUJERES DE TÁURIDE. GENTE MARINERA Y PASTORES, ADORNADOS CON CUERNECILLOS.

TARDE.

COSTA DE TÁURIDE.

CIELO. MAR. PLAYA.

BOSQUE. TEMPLO.

PLAZA: EMPIEZA LA CIUDAD.

I

Ifigenia

que ha perdido la memoria
de su vida anterior:

Ay de mí, que nazco sin madre,
y ando recelosa de mí
acechando el golpe de mis plantas,
por si adivino adónde voy.

Otros, como senda animada,
caminan de la madre hasta el hijo,
y yo no—suspensa del aire—,
grito que nadie lanzó.

Porque un día, al despegar los párpados,
me eché a llorar, sintiendo que vivía;
y comenzó este miedo largo,
este alentar de un animal ajeno
entre un bosque, un templo y el mar.

Yo estaba por los pies de la Diosa,
a quien era fuerza adorar
con adoración que sale sola
como una respiración.

—Y pusiste en mi garganta un temblor,
hinchiendo mis orejas con mis propios clamores;
me llenabas toda poco a poco
—jarro ebrio del vino íntimo—
si ya no me hacías llorar
a los empellones de mi sangre.

De tus anchos ojos de piedra
comenzó a bajar el mandato,
que articulaba en mí los goznes rotos,
haciendo del muñeco una amenaza viva.

Tu voluntad hormigueaba
desde mi cabeza hasta el seno,
y colmándome del todo el pecho,
se derramaba por mis brazos.

Nacía entre mi mano el cuchillo,
y ya soy tu carnicera, oh Diosa.

CORO

RESPETEMOS el terror
de la que se salió de la muerte
y brotó como un hongo en las rocas del templo.

A osadas pretendía hablar
como no hablan viento y mar,
sacudiendo ansiosa los árboles
que respondían a gritos de pájaros,
o arrancando caricias rotas
en el reventra de las olas.

Hija salvaje de palabras:
¿quién te hizo sabia en destazar la víctima?
¿Quién te enseñó el costado donde esconde
su corazón el náufrago extranjero?

Íbamos a envolverte compasivas,
a ti, montón de cólera desnuda,
cuando nos traspasaste con los ojos,
hecha ya nuestra ama.

OTROS se juntan en fáciles corros
apurando mieles del trato:
yo no, que, si intento acercarme,
huyo, de mí misma asustada,
como si otro con mi voz hablara.

Otros prenden labios a labios
y promesas se ofrecen con los ojos,
gozando en conciliarse voluntades:
yo no, que amanezco cada día
al tronco de mí misma asida.

Otros, en figuras de baile
alternan amigos y familias,
contrastando los suyos con los pasos de otros:
y yo no, que caigo cada noche
en mi regazo propio.

CORO

TE dio Artemisa su leche de piedra,
mujer más fuerte que todos los guerreros?
¡Qué cosa es verte retorcer los brazos
en el afán de ahogar a un hombre!

Prefieres la víctima iracunda,
vencida primero y luego abierta,
para que Artemisa respire
la exhalación de sus entrañas.

¡Oh cosa sagrada y feroz!
Una fuerza que desconoces
está anudada en tu entrecejo.

Y con todo, entre temor y antojo,
te amamos como a fiera joven,
y mil veces, señora, vamos a acariciarte,
cuando he aquí que de pronto nace el rayo
por la superficie de tu piel.

¡Oh caballera híspida que no puedo peinar!
¡Oh frente y nuca broncas de besar!

¡Brazos redondos, piernas ágiles,
pies elásticos y perfectos!

¡Vaso precioso de mujer arisca:
dinos, dinos al menos
si no puedes ser dulce un solo instante;
dime si al fin podré besarte
las leves puntas de las manos!

IFIGENIA

Y, sin embargo, siento que circula
una flúida vida por mis venas:
algo blando que, a solas, necesita
lástimas y piedades.

Quiero, a veces, salir adonde haya
tentación y caricia.
Pero yo sólo suelto de mí espanto y cólera.
Y cuando, henchida de dulces pecados,
me prometo una aurora de sonrisas,
algo se seca dentro de mí misma;

redes me tiendo en que yo misma caigo;
siendo yo, soy la otra...
Y me estremezco al peso de la Diosa,
cimbrándome de impulso ajeno;
y, apretando brazos y piernas,
tengo sed de domar algún cuerpo enemigo.

¡Oh amor mejor que vuestro amor, mujeres!
Os corre un vigor frío por la espalda:
ya son las manos dos tenazas,
y toda yo como pulpo que se agarra.

Y en la gozosa angustia
de apretar a la bestia que me aprieta,
entramos en el mundo
hasta pisar con todo el cuerpo el suelo.

Libro un brazo, y descargo
la maza sorda de la mano.
Hinco una rodilla, y chasquean
debajo los quebrados huesos.

¡Ya es mío! Ya es tuyo, Artemisa!
Y subo, con un grito, hasta la eterna oreja.

PERO al furor sucede un éxtasis severo.
Mis brazos quieren tajos rectos de hacha,
y los ojos se me inundan de luz.
Alguien se asoma al mundo por mi alma;
alguien husmea el triunfo por mis poros;
alguien me alarga el brazo hasta el cuchillo;
alguien me exprime, me exprime el corazón.

CORO

RESPETEMOS el dolor
de la que se salió de la muerte
y brotó como un hongo en las rocas del templo.

Sacerdotisa pura en traza de mujer,
nunca divagaré por sus dos senos
de virgen atleta,
ni gozaré tejiendo sus cabellos.

Nunca disfrutarán su piel mis manos,
ni ha de tocarla sino el aire,

o el agua donde suele romper con el contento
del caballo sediento.

Y te envidio, señora,
el agrio gusto de ignorar tu historia.

Ifigenia

Es que reclamo mi embriaguez,
mi patrimonio de alegría y dolor mortales.
¡Me son extrañas tantas fiestas humanas
que recorréis vosotras con el mirar del alma!

Cuando, en las tardes, dejáis rodar la rueca,
y cantáis solas, a fuerza de costumbre,
unas tonadas en que yo sorprendo
como el sabor de algún recuerdo hueco;

canciones hechas en el hilo lento,
canciones confidentes y cómplices
que, siempre con iguales palabras,

esconden cada vez hurtos distintos
y mordiscos secretos en la pulpa de la vida;

que, mientras salen sin esfuerzo de la boca,
dan libertad para otros pensamientos—

entonces yo adivino que andáis errando lejos
de la labor que ocupa vuestras manos,
—dueñas de lo que sólo es vuestro,
y que en vano atisban los maridos
en la joya robada de los ojos.

Ninguna costumbre os sujeta
y, en lícita infidelidad,
abrís con la llave que lleváis al cinto
una cerradura sin chirridos.

Y os envidio, mujeres de Táuride,
alargando mis manos a la canción perdida.

(¿VEIS? Magníficamente sale del mar la sombra,
cuando, en las colinas violetas,
asoman, de regreso, los pastores de toros)...

CORO

Canta, con aire monótono.

Cantemos, dando al tiempo
alma y copo, rueca y voz.

Horas inútiles tejen
tierra y cielo, tarde y mar.

Arañita de la casa,
no me dan oficio mejor.

Consejos me da la rueca,
sintiéndome a solas reír.

Hay quien de noche duerme,
y hay quien de día trabaja.

Hay quien aún se acuerda,
y secretea y calla.

Hay quien perdió sus recuerdos,
y se ha consolado ya.

Calla un instante. Dice luego:

¿CALLAS, señora? ¡Solamente callas! Y, como al que canta contra el aire, nuestra canción parece caernos en la cara, queriéndose volver de nuevo al pecho.

¡Oh mujer de rodillas duras!
No acertamos a compadecerte.
Fuerza será llorar a cuenta tuya,
a ver si, de piedad, echas del seno
ese rehacio aborto de memoria
que te tiene hinchada y monstruosa.

No hay de nosotras quien no ceda a la canción,
poniendo en ella lo que cada una sabe a solas,
sino eres tú, pregunta sin respuesta,
a quien vivimos parteando el alma con afán.

No hay de nosotras quien a las lágrimas no acuda,
con esa gula íntima de probar un secreto,
donde comienza el juntarse de las almas
en un temblor de miedo y amistad.

¡Pero tú, que ni nos engañas siquiera!
Tú, que nos das la nada que te llena,
¿no harás al menos por forjar un sueño,
una memoria hechiza que nos pague
la sed de consolarte que tenemos?

No; rechina entre tus dientes la voz:
ni recordar ni soñar sabes,
ni mereces los senos en el pecho,
ni el vientre, donde sólo crías la noche.

IFIGENIA

Os amo así: sentimentales para mí,
haciendo, a coro, para mi uso, un alma
donde vaya labrada la historia que me falta,
con estambre de todos los colores
que cada una ponga de su trama.

El coro engendra al héroe

Tal vez me apunta un resabio de memoria
hecha de vuestras ansias animales;
y, en el imán de vuestras voluntades,
parece que la estatua que soy arriesga un pálpito.

Pero soy como me hiciste, Diosa,
entre las líneas iguales de tus flancos:
como plomada de albañil segura,
y como tú: como una llama fría.

Sobre el eje de tu nariz recta,
nadie vio doblarse tus cejas,
ni plegarse los rinconcillos
inexorables de tu boca,
por donde huye un grito inacabable,
penetrado ya de silencio.

¿Quién acariciaría tu cuello,
demasiado robusto para asido en las manos;
superior a ese hueco mezquino de la palma
que es la medida del humano apetito?

¿Y para quién habías de desatar la equis
de tus brazos cintos y untados
como atroces ligas al tronco,
por entre los cuales puntean
los cuernecillos numerosos
de tu busto de hembra de cría?

¿Quién vio temblar nunca en tu vientre
el lucero azul de tu ombligo?
¿Quién vislumbró la boca hermética
de tus dos piernas verticales?

En torno a ti danzan los astros.
¡Ay del mundo si flaquearas, Diosa!

Y al cabo, lo que en ti más venero:
los pies donde recibes la ofrenda
y donde tuve yo regazo y cuna;
los haces de dedos en compás
donde puede ampararse un hombre adulto;
las raíces por donde sorbes
las cubas rojas del sacrificio, a cada luna.

II

Coro

Pero callemos, que un pastor color de tierra,
vago engendro de lanas y hojarasca,
se acerca aquí, como bulto que echa a andar,
filtrando una mirada de ansia y susto
por entre el heno de la barba y las cejas.

Con el cayado sólo bate el aire,
y parece irradiar palabras con la honda;
que al hombre cogido entre sorpresas
no hay útil cuyo oficio no se esconda;

y—todo él lanzado ariete—
devuelve al alma oscura la luz de los sentidos,
y es ya todo intenciones, todo oídos,
todo aspavientos, todo interrogación.

En vano la pesuña elemental
se articula en los cinco dedos ágiles,
ni el unánime ruido animal
se distribuye en cortadas palabras.

Ya olvida el habla, ya descuida el andar;
de su vetusta cojera no se acuerda,
y de lejos nos tiende la mano temblorosa,
como si en esa mano sus noticias trajera.

Entra el

PASTOR

NÁUFRAGOS, náufragos hay, señora,
si lo es el que pisa tierra ingrata a sus plantas,
aun cuando no lo ruede el mar hasta la orilla,
ni el barco entre en la playa con el costado abierto.

IFIGENIA

¿De dónde son?

PASTOR

Helenos.

UNO llamaba Pílades al otro.
Son dos amigos como dos manos bien trabadas;
donde pregunta el uno, el otro le contesta;
donde uno dicta, el otro le obedece.

Son como un alma repartida en dos cuerpos;
cuando habla el uno, calla el otro,
y se completan como dos porciones
de una misma necesidad.

IFIGENIA

¿Y los habéis cazado?

PASTOR

NUESTROS y tuyos son.—Y de la Diosa.

IFIGENIA

PERO ¿qué harán los pastores en el mar,
a deshoras corriendo tras las olas
y enloquecidos por vellones de espuma?

Pero ¿qué andáis juntando los rebaños del agua?
¿De dónde trocasteis los oficios,
confundiendo remos y cayados,
redes y hondas, maldiciones y canciones?

Oh padres apacibles de la tierra
domesticada y quieta,
médicos de zampoña y melodía
y abuelos de la oveja preferida:

¿Qué hacíais entre el sobresalto sin fondo
que se burla con áncoras y leños,
cuerdas y puños y gritos de furor?

PASTOR

Mensaje ÍBAMOS a bañar los bueyes en la cueva
que sirve de refugio al pescador de púrpura,
porque el toro, señora, vuelve al mar como el río,
para cobrar allí sangre, valor y brío.

Muge el novillo; late el can. Es hora
en que la última tarde se dora,
y el mar se deja sondear el pecho
por un haz de espadas de plata.

Hiere la luz, pero no alumbra;
y sorda sensación de una presencia humana
nos cohibe de pronto, al saludar las cuevas.

Sobrecogido retrocedo entonces,
de puntillas y haciendo la señal del silencio,
de miedo que algún dios desconocido
habite el mar que bate las Simplégadas,
hijo de la marina Leucotea,
Palemo—o algún otro poeta de las aguas.

Y es verdad; que, al rumor que alzamos,
salta, en figura de doncel armado,
y, echando espumarajos por la boca,
a tajos y a mordiscos cae sobre las reses,

gritando: «¡Oh Furias, oh Dragón,
oh mala hembra que muerta me persigues,

oh vergüenza de Micenas de oro,
oh baño ensangrentado en sangre del esposo!»

El otro—Pílades—en vano le sujeta,
como a demente que mira sólo el fuego
profundo de su alma, y finge formas,
y torna objetos, y cambia el sueño de los ojos
por el sueño de su corazón.

Y, sea que el instinto nos avise
que bajo su locura humana alienta un dios,
o que las armas vibren respetos en su mano,
huímos, como huían los ganados,
para sólo volver y dar sobre el intruso
cuando el otro lo tiene ya sujeto.

Y es fuerza que les valga algún conjuro,
o que vengan ungidos de aceites prestigiosos,
para que no perezcan en los nudos
de brazos de pastores y gente campesina
que se junta al tumulto.

Gracias que estamos ilesos unos y otros,
y que tu sacrificio, Madre, será perfecto.

III

Entran hombres con los dos cautivos atados.

ORESTES,

atado, apedreado,

delira así:

CABRA de sol y Amaltea de plata
que, en la última ráfaga, suspiras
aire de rosas, palabras de liras,
sueño de sombras que los astros desata;

al viejo Dios leche difusa y grata,
y, del reflejo mismo en que te miras,
hacendosa hilandera, porque estiras
en hebra y copos el vellón que labras;

tarde, en fin, quieta como impropicia y dura:
prueba pues, ya que a tanto conspiran mis estrellas,
a exaltar otra vez mi razón en locura,

para que yo, que vivo amamantado en ellas,
no sufra el tacto de otra piedra impura,
sin estallar mil veces en centellas.

IFIGENIA

DICE, a solas, palabras que apenas se tienen unidas,
como el que sale, bandeando, del torpor de un [sueño;
pero hay una oscura voluntad que atisba
—perro fiel—junto a la embriaguez de su dueño.)

Grecia y los bárbaros

Helenos:
¿De dónde traéis carga de destinos,
para dar en playas donde mueren los hombres?
¿Qué irritados espíritus tenéis sedientos
de sal y aceite que apaciguan hambres del cielo?

Helenos: la fortuna está en no buscarla,
y habéis tentado todos los pasos del mar.
No os basta la ciudad medida a las plantas humanas,
y, rompiendo los límites del cielo,
¿os sorprende ahora caer en la estrella sin perdón?

Helenos, forzadores de la virgen del alma:
los pueblos estaban sentados, antes de que echarais
a andar.
Allí comenzó la Historia y el rememorar de los males,
donde se olvidó el conjugar
un solo cenit y un solo nadir.

La sabiduría ya estaba descubierta;
los brazos ya estaban cruzados sobre el pecho;
los ojos se escrutaban a sí mismos
para desanudar el revés del mundo;
y el índice de piedra
sujetaba en racimos el espacio profundo.

Se apaciguaba, helenos,
el gotear del agua eterna;
y en el reló dormido
lanzasteis la bellota profana.

Y cedisteis al inmenso engaño
partido en diminutas y graciosas mentiras;
y con el bien y el mal terribles
hicisteis moderadas apariencias

para cebar la codiciosa bestia,
oh falsificadores de lágrimas y risas.

Os acuso, helenos, os acuso
de prolongar con persuación ilícita
este afrentoso duelo, esta interrogación...

Titanes Así deis con la frente en las esferas últimas,
y os sienta el último fantasma
rodar entre peñascos en declive,
surtiendo por el pecho maldición de volcanes,
¡oh instrumentos de la cósmica injuria,
oh borrachos de todos los sentidos!

Orestes

grita:

¡Raza vencida de la tierra:
reconoce a tu domador!
Tú, que temblabas, gusanera aplastada,
bajo los Siete Días orientales
de la creación!

Tú, que apenas usabas como alma
un escozor de pánico,
y que te desvaías, heredera
de todos los pavores animales;

devuelta con arrobamiento al fango;
lodacero que criabas raíces
para enredar los talones bailátiles
de los hijos de Prometeo:

¿Qué me acusas, ojos de arcilla?
Frentes hacia abajo, ¡qué sabéis
de levantar con piedras y palabras
un sueño que reviente los ojos de los dioses,

otra simiente de naturaleza,
hija pura y radiosa del humano deseo,
oro de eternidad, diamante pleno
labrado en los martillos
impecables del corazón!

IFIGENIA

En vano, por primera vez, aguardo
que me sacuda en cólera la Diosa.
—Librad al griego; recoged mi manto:
sobran horas al tiempo.

Apercíbese Ifigenia con vasos lustrales. Pílades, atado da un paso hacia Orestes, como a socorrerlo.

ORESTES

Comienza la Anagnórisis

Detente, Pílades, que siento
el indeciso vaho de los dioses;
y, entre los ojos de la carnicera,
me sorprende el halago de una mirada rubia.

No en vano las aguas se abren y se juntan;
no en vano los vientos y el elástico mar;
no en vano gimen y aullan
en torno a la nave del griego que sabe esperar.

No fue ciega la ira que me devolvió a Micenas,
incubando en el monte mis furores de niño:
nodriza ruda me criaba para el cuchillo,
o soy dardo de mano derechera.

¿Nada te dice, amigo, el portento que te sale al
paso?
¿Dónde está la tierra de las amazonas guerreras?
¿Cuándo viste, Pílades, combatiendo brazo a brazo
a la sacerdotisa con las víctimas extranjeras?

Bien que la barbarie, educada en el desorden del
mundo,
pisotee los prodigios como las yerbas,
confundiendo árboles y fieras y hombres y sexos,
sin distinguir lo propio de lo desorbitado y súbito.

Pero tú, filósofo en cuyos brazos descanso,
¿me enseñaste acaso a concebir mujeres
como las quimenas, con garras y cresta y fauces,
o sacerdotisas mezcladas de leonas?

Sólo cuando el dios anda rondando los montes
miras volar los árboles y oyes hablar a los pájaros.

Así me devuelves, mujer, mi confianza en Apolo,
sólo con tu furia y con tu locura sólo.

No está lejos, no, la fuerza que me trajo rodando:
y ya no vacilo, que estoy en tierra de Tauros.
De Artemisa es, Pílades, el templo que venimos buscando,
y esta mujer—

IFIGENIA

—¡Oh, calla, por tus enemigos dioses!
Mira que estás por quebrar la puerta sorda
donde yo golpeo sin respiración.
Mira que me doblo con influjos desconocidos,
juntas en imploración estas manos mías tan duras.

Tengo miedo, calla: la Diosa nos oye.
Ella me implica toda: yo crecí de sus plantas.
Si tú sabes más, tejedor de palabras
—pues así adivinas tierras y hombres
ensartando lo que ignoras con lo que conoces—

calla, por tus amuletos; calla por tus cabellos,
en los que reclavo con ansia mis dedos;
calla, por tu mano derecha;
calla, por tus cejas azules;

y por ese lunar que hay en tu cuello,
gemelo—mira—
gemelo del lunar que hay en mi hombro.

Calla, porque me aniquila el peso del nombre que espero;
oh vencedor extraño; calla porque, al fin, no quiero
saber—oh cobarde seno—quién soy yo.

ORESTES

¿CALLARÉ, Pílades, cuando vine a decirlo?

PÍLADES

No.

CORO

Dos animales de la misma cría
no se juntan mejor. Uno conduce,
y la otra le sigue—antes tan fiera.
Manda el varón, y al fin es hembra ella.

Pero ¿esas miradas que se hunden
la una en la otra, como en propio elemento?
Y la gota negra de aquel cuello
resbala aquí, camino de este seno.

Un mismo arte de naturaleza
concertó los dos sones de gargantas...
¡Mil cosas misteriosas nos relatan los viejos,
y yo, sin serlo, he visto tantas!

IV

Toas y el séquito.
Suspensión entre los que llegan y los que estaban presentes.

TOAS

SOY el Rey Toas, de leves pies como las aves.
Como quien manda, olvido mis cuidados
por oír el rumor que corre el pueblo.

Hecha de mar y roca, alta señora,
sacerdotisa que llevas la clava
desde que el cielo apedreó a la tierra
con el poder de la nocturna Diosa
—Dictina de la selva, hija de Loto:

Preparen los vasos y los cestos,
y arda el fuego de la salsa mola;
echad el llanto, hombres oscuros:
la Diosa no perdona.

Ejércitos de abejas amarillas
aplaquen—cediendo miel—las tumbas.
Iras de inmortales reclaman
la miel salobre y roja de otra ofrenda.

IFIGENIA

OYE la voz de tu sacerdotisa,
Rey de nombre de ave:
éstos me vencieron sin manos,
y me ataron con la amenaza.

No los quiere la Diosa: traen a cuestas
el nombre que he perdido.

TOAS

EL nombre que tenías lo has perdido en la mar.

IFIGENIA

Éstos, del fondón de los mares
llegan, vomitados de olas.

Toas

Náufragos son: ley igual los condena.

Ifigenia

Ley que un hombre trazó, y otro quebranta.

Toas

Escrita está en las plantas de Artemisa.

Ifigenia

—Que es superior a ella y con los pies la pisa.

Toas

¿Qué pretendes?

Ifigenia

Que hablen.

Toas

Hablad, hombres oscuros.

V



Orestes

¿Diré, Pílades, el nombre que azuce
las bandadas de nombres temerosas?
Evitaré más bien el torbellino
que alzan los vientos súbitos,
y habré de conducirla paso a paso,
como a ciega extraviada que tantea el camino,
hasta dejarla donde la perdí.

—Oye, sacerdotisa: devuélveme las manos,
porque no sé contar sin libertad mi historia.

Ademán de Ifigenia. Desatan a Orestes, que continúa:

Dos veces Urano engendraba en el seno de Gea,
ensayando monstruos que la vergüenza rechaza.
Voluntad oscura, sus intentos multiplicando,
mezclaba impetuosos crímenes con virtudes severas.

En los Cíclopes era espanto la mal trazada frente,
y los brazos de Briareo eran fuerza desperdiciada.
Y el Padre deshacía sus horripilantes juguetes,
bien como alfarero que ensaya el jarro dos veces.

Perra ululante, Gea, sus cachorros le disputaba.
—¡Hijos del Padre loco! ¿Quién me vengará?—les decía.
Y el último, Cronos, contraído bajo sus tetas,
tiembla de furor y designios.
Era creada ya la raza del blanco acero.
Cronos esconde la hoz, y Urano un deseo aventura;
pero, segadas a punto las informes flores del sexo,
la sangre del Padre loco fecunda todavía el suelo.

Erinas y Gigantes y Ninfas brotan y Diosas,
y, sobre el mar, la deseada rosa:
Afrodita la llaman, hija de las espumas;
Citerea, vecina de la isla;
Kiprigenia, porque llega a Chipre batida de olas;
Filomedea, en fin, hija de los anhelos.
Así la vital angustia, derramada en sangría,
Gea, perra ululante, sigue fomentando tus crías.

Ya está mezclado el crimen en la masa del mundo.
Los padres de tribus a los mancebos devoran,
y el justo Edipo, testigo insobornable,
se descuaja los ojos contra el error del cielo.
Dioses recelosos de sus proles indeseadas,
acechan a las Diosas que se acuestan con hombres.
Hubo un Rey en Lidia cuya mesa honraba el Olimpio,
¡y osó hacer festín de las carnes de su hijo!

Como torres gigantes, los inmortales
contemplan la mesa de Tántalo, salpicada de horrores.
¿Qué hacías, Diosa hambrienta, Ceres olvidadiza,
devorando, sin saberlo, el hombre arrancado de Pélope?
Zeus, tempestuoso, hinca los ojos en Tántalo,
que entra, desbarrancado, en los Infiernos,
donde con boca reseca jadea tras el agua que huye;
donde, por hurtárselas, los árboles sus pomas degluten.

Júntanse las partes, y Pélope se alza,
el cetro en la mano y el hombro de marfil;
pero la maldición vuela, contaminando
a todos los brotes de su gente.

Niobe deshijada, piedra que llora ríos,
ve traspasados sus hijos con flecha de oro,
y Tiestes y Atreo, en festines horrendos,
vomitan, desfallecidos, la sangre criminal del abuelo.

Y nacieron, uno de otro,
Tántalo, Pélope y Atreo,
y Agamemnón, castigador de Troya,
y hermano vengador del blondo hermano.
Igual deslealtad les esperaba
con Clitemnestra, hembra matadora del macho,
y con Helena, por quien tiene hartazgo
de cadáveres la ciudad de los pájaros.

Mientras las naves huecas deshacían la ruta de Ilión,
tramaba Clitemnestra con Egisto;
y Agamemnón cayó a mansalva,
vencido entre los brazos de su casa.

El mayor de los hijos
era menor que la venganza: Electra,
hermana blanca; pero, providente,
me hizo nutrir de tierra y de raíces,

abrigado de cuevas y de pieles,
montaraz y distante,
intacto cazador de Apolo.

Y en la incertidumbre de sus noches,
el sueño de la madre dio presagios:
me veía dragón, me padecía
estrujando y sorbiendo en sus pezones
fango de leche y sangre.

Y al fin, entre relámpagos de crimen,
bajo el furor de Apolo cómplice
y la tronante cólera del cielo,
y bajo las legiones espantadas
y saltonas de Furias,
el cazador cazó a la madre adúltera.

¡Oh vino sobrehumano
que una vez me embriagaste para siempre
¡Nunca probara yo de tu delirio,
y no me persiguiera
la indignada caterva de mi madre!

Ifigenia

Los nombres que pronuncias irrumpen por mi trente,
y se abren paso entre tumultos de sombra;
y, por primera vez, mi dorso cede
con un espanto conocido.

Me devuelvo a un dolor que presentía;
me reconozco en tu historia de sangre,
y suena, sin que yo lo entienda todavía,
un grito en mis orejas que dice: «¡Áulide! ¡Áulide!»

Coro

Asisto a los misterios—y callo.

Ifigenia

Siento, como en la ácida mañana,
madrugar el pavor de estar despierta:
cenizosa conciencia
que torna a la mentira de los días

con un vislumbre todavía de sueño,
hecho de luz funesta que transparenta el mundo.

ORESTES

TE asiré del ombligo del recuerdo;
te ataré al centro de que parte tu alma.
Apenas llego a ser tu prisionero,
cuando eres ya mi esclava.

En Áulide, los vientos no prosperan,
o los adversos dioses redoblan el resuello;
y para que los corchos flotantes de las naves
sigan el curso, piden sacrificios.
La sangre de una virgen Artemisa reclama.

IFIGENIA

¡OH Diosa, voy a ti, pues tú me llamas!

ORESTES

AGUARDA: hay tiempo aún.—Ya los oráculos
designan a Ifigenia.

IFIGENIA

¡Oh Diosa!

ORESTES

Aguarda.
La casta de adivinos es ávida de males.
Hija de Agamemnón: fuerza es traerte
engañada hasta el sitio de la ofrenda,
donde adelanta en pago de lágrimas la madre
el crimen que ha de cometer más tarde.

IFIGENIA

Al fin es madre, Orestes;
y espera, en las edades de la hija,
que la fruta de nietos se le rinda.

Al fin es madre, Orestes, y prolonga
hasta mi pubertad el gusto de mi cuna.

Al fin, en cada hora presentía
la cosecha de una caricia nueva;

porque es todo inquietudes y sorpresas
el logro minucioso de la hija.

Odiseo me trajo prometida
al lecho de un valiente—Aquiles.—(Oye:
al crear este nombre con esfuerzo,
tengo piedad, yo misma, de mis labios).

—Pero ¿qué hago, Diosa? Salgo de tu misterio?
Amigas, huyo: ¡esto es el recuerdo!
Huyo, porque me siento
cogida por cien crímenes al suelo.
Huyo de mi recuerdo y de mi historia
como yegua que intenta salirse de su sombra.

Sujétanla.

ORESTES

SUJETADLA, y que beba la razón
hasta lo más rehacio de sus huesos.
Hínchate de recuerdos,
óyelo todo: en Áulide fuiste sacrificada;
pero Artemisa te robó a su templo,

a la hora en que Calcas descargaba el cuchillo,
y cayó en tu lugar, forjada de tu miedo,
cierva temblona que mugió con muerte.

Ifigenia

Orestes, soy tu hermana sin remedio,
y en el torrente de la carne, siento
latir la maldición de Tántalo.

Pero contéstame, pues me castigas
de envidiar la miseria de las hijas de Táuride
y desear la vida compartida
—humano pan de donde todos coman—,

¿no me estaba yo bien, guijarro de esta roca,
arista desgajada de la Diosa?
¿No me fuera más dulce la sombra en que yacía
y el destazar continuo de las víctimas?
¿A qué trajiste el rayo de mi casa
a la ribera en que estaba yo perdida?

¡Ay hermano de lágrimas, crecido
entre la palidez del sobresalto!

Déjame al menos que te mire y palpe,
oh desvaída sombra de mi padre!

CORO

ENTRAN los ojos en los ojos. Andan
tocándose las manos con las manos.
Y en la arena, la huella de la hermana
acomoda a la huella del hermano.

ORESTES

Y déjame que alivie tanto llanto
—¡ay hermana que fuiste mi nodriza!—
viendo rodar mi lloro por tu cara
y saltar en tu cuello mi fatiga.

CORO

¡SEÑORA! ¿Y te acaricia? ¡Y tú te doblas
debajo de su barba! Y nos pareces
más pequeñita, al paso que reviven
y te van apretando las memorias.

IFIGENIA

¡SUELTA! ¡Suelta!, que mi dolor no importa.
No me abandones, Diosa,
y permite que huya de mí propia
como yegua que intenta salirse de su sombra.

ORESTES

¿RECUERDAS?

IFIGENIA

Sí.—Llegamos en el carro:
mi madre—porque es mi madre, Orestes—,
tú, tierno niño que sólo ríe y llora;
yo, y los presentes de mi boda.

Me bajaron en brazos las muchachas de Calcis,
como a la prometida del nieto de Nereo;
y a ti, con delicadas manos,
para no sacudir tu frágil sueño;

que eran asustadizos los caballos,
y no obedecían a la voz.

Saltamos como terneras sueltas en prado.
Ignorando las rudezas del campamento,
yo, corazón nupcial, fiesta hacía de todo.

Y he visto a los dos Ayax, amigos de armas;
y a Protesilao y Palamedes
que jugaban con unas figurillas;
y a Diomedes, hecho a lanzar el disco;
y al portentoso Merión, raza de Ares;
y al hijo de Laertes, engañoso;
y al hermoso Nireo, el más hermoso.

A pie, de lejos, disputaba Aquiles
—oh sienes mías hechas al dolor—
victorias de carrera a la cuadriga
de Eumelo, que acosaba los caballos
blancos del yugo,
y los rojos manchados que iban a larga rienda.

CORO

¡OH Paris, Paris, que con la flauta frigia
apacentabas novillos en el Ida!

¡Oh juez ladrón de hogares, cómo va a perece
por ti, la flor de año!

ORESTES

Di, ¿conociste a Aquiles?

IFIGENIA

No, sino en el relato de mi madre,
que, con estrago de dolor y miedo,
se echó a sus pies, pudores olvidando.

Alumno de Quirón, hijo de diosa,
era ajeno al engaño, y fue a salvarme.
Lloraba sin rubor: ¡era tan joven!
No negaba el pavor: ¡era tan bravo!
No quiso conocerme: ¡era tan casto!

ORESTES

Prosigue.

IFIGENIA

¡Infierno, infierno!
Tu boca misma habló por Clitemnestra.
Me hizo llegar, trayéndote en el manto,
y a mí, que lo quería más que todos,
obligóme a escuchar lo que le dijo al padre.

CORO

UN gran dolor ahoga la vergüenza.

IFIGENIA

DIJO:—«Me arrebataste a mi primer marido;
y, arrancándomelo de los pechos,
estrellaste a mi primer hijo contra el suelo.
Mi padre hizo la paz en los hermanos,
y fui casta y sobria en tu palacio.
Tres hijas y un hijo te he dado.
Te sales de tus tierras por ajenos agravios,
y, además de tu aposento vacío

¿quieres que llore ahora la muerte de Ifigenia?
¿Y qué frente ofrecerás, mañana,
al beso de tus hijos sin hermana?
Que ceda Menelao a su hija Hermione:
suya es la ofensa, no son ciegos los dioses.
¡Oh mano que mandas de lejos!
¿Arrastrarás tu propia hija por los cabellos
hasta el ara de la divina cazadora,
y yo la seguiré, sin soltar sus vestidos,
hecha consternación de tus ejércitos?»

ORESTES

¿Y yo, entretanto?

IFIGENIA

No sabías hablar, ¡oh el más amado!
Con lágrimas y brazos implorantes
tú me ayudaste, en fin, cuanto podías.
Estreché con el tuyo el cuerpo de mi padre,
como con elocuente rama de suplicantes:

—«Yo la primera te he llamado padre;
tú la primera me llamaste hija;
gozosas nupcias prometiste un día,
y yo soñaba en recibirte, anciano,
entre próspera bulla de la prole.
Insano afán de navegar a tierras bárbaras
te hace dejar la tierra
donde cortan jacintos y rosas los que dio a luz mi madre.
Mas yo no debo amar demasiado la vida.
—¡Dispón, oh Calcas, de mi ración de sangre!»

Y desvié los ojos
del bulto convulsivo de mi madre.
Calcas alzó la mano: ¿se oyó el golpe?

Orestes

He aquí que te encuentro muerta y viva,
sacrificada y sacrificadora.

Ifigenia

¿A qué viniste, di?

ORESTES

En busca tuya.

Ifigenia recobra su arrogancia perdida, y comienza:

IFIGENIA

¿PARA que siga hirviendo en mis entrañas
la culpa de Micenas, y mi leche
críe dragones y amamante incestos;
y salgan maldiciones de mi techo
resecando los campos de labranza,
y a mi paso la peste se difunda,
mueran los toros y se esconda la luna?

¿En busca mía, para que conciba
nuevos horrores mi carne enemiga?
Para que aborten las madres a mi paso,
y para que, al olor de la hija de Tántalo,
los frutos y las aguas huyan de mi contagio?

ORESTES

POR el sello que llevas en la frente,
hija de Agamemnón, ante los tauros,
oye la orden que traigo de Apolo:
me seguirás hasta Micenas de oro,
y volverás a la casera rueca,
y cumplirás con dar los brotes nuevos
a la familia en que naciste hembra.

Fuerza será que, complaciente esposa,
te alimente en su casa algún príncipe aqueo.
No se corta la sangre sin mandato divino.

IFIGENIA

HUIRÉ de mí propia,
como yegua acosada que salta de su sombra.

ORESTES

ME seguirás, y ceñirás la vida
a que las altas normas te condenan.

Cualquier dolor pasado
es, a los mismos dioses, duro espanto.
¿Quieres romper con la necesidad,
vuelta contra el latido que llevas en el vientre?
¿Y qué harás, insensata,
para quebrar las sílabas del nombre que padeces?

Ifigenia

¡VIRTUD escasa! ¡Voluntad escasa!
¡Pajarillo cazado entre palabras!
Si la imaginación, henchida de fantasmas,
no sabrá ya volver del barco en que tú partas,
la lealtad del cuerpo me retendrá plantada
a los pies de Artemisa, donde renazco esclava.

Robarás una voz, rescatarás un eco:
un arrepentimiento, no un deseo.
Llévate entre las manos, cogidas con tu ingenio,
estas dos conchas huecas de palabras: no quiero.

Refúgiase en el templo.

Toas

He aprendido a llorar ajenos males,
y a gozar con mesura el bien que alcanzo.
No puede el noble decir lo que le plazca.
¡Qué vanas apariencias nos gobiernan!
Cierto es que servimos a la plebe.
Licencia tienen otros para clamar a voces,
no el monarca prudente,
que sólo con el ceño engendra nubes.

Coro

Nadie que no sea sensato
mande en las plazas de los hombres.
Oh Rey de leves pies de ave:
hay sed de tu clemencia.

Toas

Todo lo sé: la onda cordial desata,
voluntad que anulaste la porfía

del bien y el mal; dureza generosa,
basa de templos, muralla de ciudades.

Boca de dictar leyes,
mano de hacer y deshacer cadenas,
frente para corona verdadera,
¿qué nombre te daremos?

Todo lo sé: la onda cordial desata,
cólmate de perdón hasta que sientas
lo turbio de una lágrima en los ojos.
Mata el rencor, e incéndiate de gozo.

Coro

Alta señora cruel y pura:
compénsate a ti misma, incomparable;
acaríciate sola, inmaculada;
llora por ti, estéril;
ruborízate y ámate, fructífera;
asústate de ti, músculo y daga;
escoge el nombre que te guste
y llámate a ti misma como quieras:
ya abriste pausa en los destinos, donde
brinca la fuente de tu libertad.

TOAS

DESTRUERZAN la senda los náufragos.
Dadles, tauros, remos y velas.
Oh mar: tuyo era el mensaje:
guárdalos tú de tus procelas.

Seguidos del pueblo, aléjanse hacia el mar Pílades y Orestes, brazo en el hombro, dobladas las barbas sobre el pecho.

CORO

¡OH mar que bebiste la tarde
hasta descubrir sus estrellas:
no lo sabías, y ya sabes
que los hombres se libran de ellas!

Ha anochecido. Las primeras luces se atreven.

Deva y Madrid,
agosto y septiembre de 1923.

COMENTARIO

DE LA

IFIGENIA

I

LA AFICIÓN DE GRECIA

Por el año de 1908, estudiaba yo las "Electras" del teatro ateniense. Era la edad en que hay que suicidarse o redimirse, y de la que conservamos, para siempre, las lágrimas secas en las mejillas. Por ventura, el estudio de Grecia se iba convirtiendo en un alimento del alma, y ayudaba a pasar la crisis. Aquellas palabras tan lejanas se iban acercando e incorporando en objetos de actualidad. Aquellos libros, testigos y cómplices de nuestras caricias y violencias, íbanse tornando confidentes y consejeros. Los coros de la tragedia griega predican la sumisión a los dioses, y ésta es la única y definitiva lección ética que se extrae del teatro antiguo. Hay quien ha podido aprovechar su consejo.

La literatura, pues, se salía de los libros y, nutriendo la vida, cumplía sus verdaderos fines. Y se operaba un modo de curación, de sutil mayéutica, sin la cual fácil fuera haber naufragado en el vórtice de la primera juventud.

Ignoro si éste es el recto sentido del humanismo. Mi *Religio Grammatici* parecerá a muchos demasiado sentimental.

Tenemos derecho—una vez que por cualquier camino alcanzamos la posesión de un módulo—

para manejarlo a nuestra guisa. Sucede en esto lo que con el libro de cabecera: es tan nuestro, que rueda por las sillas y por las mesas, le anochece en el velador y le amanece a los pies de la cama. Al libro predilecto lo tratamos—en nuestro fuero interno—con todas las veleidades de la sinceridad: reñimos con él, le exigimos más que a ninguno. Justificada la afición de Grecia como elemento ponderador de la vida, era como si hubiéramos creado una minúscula Grecia para nuestro uso: más o menos fiel al paradigma, pero Grecia siempre y siempre nuestra. Entonces, ya era dable arriesgarse a sus asuntos sin tono arcaizante, y aun sin buscar compromisos líricos—dannunzianos—entre lo antiguo y lo moderno. Esto, con ser más sincero, es, a la postre, más valiente: exhibición no disfrazada de nuestras ininteligencias o aciertos, nos vende, nos entrega; si la obra emprendida fracasa, no podemos recuperarnos. Somos uno con ella: no es Grecia, es nuestra Grecia. Tanto riesgo solicita a todo corazón templado.

Además de que hay una Grecia cotidiana, una perspectiva de ánimo que nos capacita para humanar hasta los mitos más rígidos y arcaicos. Los pintores supieron adorar a la Virgen María en traza de señora flamenca. La afición de Grecia es tan imperiosa o más. Helena vivió por las páginas caprichosas del *Fausto* con más verdad que aquella *Ifigenia* de Goethe.

Al tiempo de estudiar la evolución de Electra, desde Esquilo a Sófocles y a Eurípides, íbamos divagando sobre tal o cual motivo paralelo: hoy sobre Hécuba o Casandra, y mañana sobre Ifigenia. Y estas divagaciones—entonces verdaderos reposos y bostezos de la atención—se han quedado ahí, por los cuadernos de notas, en esta-

do de *disjecti membrae,* esperando que tronara el clarín del ángel.

Antes de que mi Ifigenia pudiera alentar, había de cerrarse un ciclo de mi vida.

II

IDEA DE LA TRAGEDIA

De entonces acá, no he vuelto a pensar sobre la tragedia clásica en sí misma, y mis meditaciones habían cristalizado así (*Cuestiones Estéticas,* París, 1911):

La tragedia griega es más universal que humana. Hoy, Emerson ha podido decir—: venimos a turbar el optimismo de la naturaleza. Pero al griego sus propios dolores se le representaban como resonancias de un mal general: él no era más que una oreja en la conciencia dolorida del mundo. Éste era, precisamente, el consuelo, la alegría fundamental de la vida griega: que el hombre no estaba con su dolor a solas; que hasta su dolor no era suyo. Esto era, asimismo, lo que hacía posible la desesperación y el desahogo dionisíacos: su duelo era comunicable al mundo. En el caso superior del héroe, el héroe y el mundo se cambian influencias universales, y la suerte de un pueblo no es más que un reflejo de las contaminaciones, del diálogo entre Edipo y la gran Esfinge misteriosa. Vivo él, suceden catástrofes a su paso. Muerto, sus huesos abonarán la gloria de la tierra que le dio sepultura.

Para los aspectos más individuales de su pasión, el griego usaba de la Lírica. Al Teatro no quería llevar más que un diálogo cosmogónico; revestido en pretextos humanos ciertamente, porque sólo al modo humano tiene él noticia de la fuerza de los destinos. Y prestaba al Teatro, por lo demás, la

misma imaginación colorida que tuvo para su religión. Por muy abstracto que sea el propósito, a un griego no le será dable rodar por las aberraciones estéticas del teatro medieval, y especialmente de los extraordinarios "autos sacramentales", deliquios del frenesí teológico.

Hasta el mecanismo de las antiguas representaciones favorece esta concepción: la tragedia griega se gobernaba por una fórmula simétrica, dentro de la cual tenía que labrar el poeta; los acontecimientos habían de sucederse en un proceso siempre regular: el "prólogo" de los autores, los "parodoi" del coro, los "episodios" de los actores, los "stasima" del coro y los finales "éxodos", se entretejían con un ritmo fijo. El coro se movía a compás y en tiempos predeterminados. El protagonista debía tener al deuterogonista a la derecha y al tritagonista a la izquierda, y cada uno entraba y salía por cierto lugar del proscenio. Los diálogos mismos parecen obedecer a una ley; así, en las disputas, podemos advertir está fórmula: 1) largo parlamento del héroe; 2) comentario rápido del coro; 3) amplia respuesta del adversario; 4) rápido comentario del coro; 5) charla apresurada, en fin, en que los disputantes se arrebatan la palabra y se completan mutuamente las frases, torciéndolas y esgrimiéndolas como en el teatro español. Todo esto hace de la tragedia una escena de danzas, marchas, discursos equidistantes, en que fácilmente se descubre el ánimo ritual, el ánimo de superar la representación inmediata del mundo social, para orientarlo todo a un objeto de filosofía religiosa. Sin que esto excluya los rasgos de sátira que van invadiendo cada vez más la tragedia. Aquella representación sugiere, pues, un universo regido por leyes armoniosas, musicales, mucho más que un drama individual.

La misma figura humana se agigantaba por el uso del coturno, se petrificaba en el gesto de la máscara; y la voz se alteraba en los renosadores. Y el actor era como una expresión visible y audible de la fuerza mística. Los personajes no son sino conciencias que cavilan en los destinos, a través de símbolos objetivos y humanos. Los haces místicos vuelan por el aire oscuramente: pero se tiñen y se hacen perceptibles en ese pretexto de voluntad: la figura humana.

Desde luego, que yo no intentaría conservar aquí el mecanismo de la tragedia; pero, por lo menos, su abstracción. Mi parodia no tiene escenario determinado, ni retrata tipos sociales, ni alardea con los pueriles encantos del color local. Sus caracteres mismos, muy posible es que sean sombras de seres teñidas con una misión ética. Fueron concebidos con sencillez. Unos frente a otros, suscitan problemas, como los mordedores reactivos de la química al encontrarse; pero, en sí mismos, viven en paz, bajo la complicidad de sus corazones. En tal sentido, la obra es una alegoría moral.

La *Ifigenia*, además, encubre una historia cierta. Usando del don que nos fue concedido, y en el compás de nuestras fuerzas, intentamos emanciparnos de ella, proyectándola sobre el cielo; descargándola en un coloquio de sombras.

III

FUNCIÓN DEL CORO

Con todo, no hemos querido privarnos de algunos elementos felices del teatro griego. Desde luego, del coro.

Por razones de orden material, por la dificultad

de hacer salir y entrar al coro constantemente, resultó que éste viniera a participar en los secretos del héroe. El generoso espíritu de los griegos lo entendió sin malicia: el coro no sería traidor; el protagonista podría definirse como el personaje simpático al coro—aun en los casos en que éste le lleva la contraria.

El coro es embrión de la tragedia, y representa, arqueológicamente, la danza de sátiros alucinados. Sus alucinaciones engendran al dios, al héroe, al actor trágico. En el coro se conserva el principio épico—donde la narración ha quedado sustituída por la mímica o representación. Así pues, en el origen, el coro produce a los actores.

Pero creado ya el Teatro, lo que el Teatro tiene de propio, de nuevo, es la representación, la escenificación de episodios. Los actores pasan, entonces, al primer término, y el coro al segundo. La ley genética va a invertirse, y ahora—según lo explicaremos—los actores producen al coro:

El coro funciona rítmicamente, como un instrumento dinámico por donde estalla, en cantos, en gritos, en "ololugmoi", el sedimento o carga emocional precipitada por los episodios de la tragedia. Por eso es fuerza que el coro esté presente a todos los acontecimientos, y que penetre los secretos del héroe: para conocer el drama íntimamente, para vivir de su contacto, y desahogar de tiempo en tiempo—con desahogo lírico, y cuando precisamente lo requiere el ánimo—esa emoción, ese "pathos" acumulado por las acciones dramáticas; esa piedad, ese terror. El coro es, pues, el instrumento de la "catharsis" aristotélica: la purificación de las pasiones por la danza y el grito; el coro es un instrumento oportuno y rítmico del desahogo lírico.

Aparece, pues, la tragedia antigua, como una completa representación del alma en su dinamis-

mo pasional: en medio del torbellino de la vida, solemos alzar la cabeza, valorar victorias y derrotas, y prorrumpir en exclamaciones y lamentos, en "ololugmoi"—desahogos líricos, llantos y cantos—como el coro de la tragedia griega. Y de esos gritos se mantiene la vida.

Privarme de esa válvula hubiera sido quitar a la obra su respiración, untarla en el papel sin prestarle virtudes vivas. El coro es el dios que lo ve todo, eres tú, soy yo, y es—más que nada—la conciencia misma del drama, revuelta a considerar y a purificar su propio espectáculo.

Así se procura engendrar un animal perfecto. Y ¡qué deleite si lográramos verlo andar por sí, escapar a nuestro pensamiento, llevarnos en rastra, a pesar nuestro, adonde la obra sola tiene su natural recinto!

Faltaba saber si, a nuestro capricho, el coro había de ser fiel, traidor o indiferente. Bien mirado, un coro traidor deja de ser coro para convertirse en actor, siquiera colectivo. De ser actor, sería interesado: no nos convenía que la opinión pública fuera parcial. Ese desahogadero de la acción dramática, ese pueblo perfecto, debería conservarse puro, para ser capaz de toda la razón. En cuanto a un coro indiferente, no pasaría de ser un adorno externo, una retórica ociosa en redor de los acontecimientos. Hacía falta un coro fiel—y pasivo—. Contempla con dolor el desastre e, incapaz de evitarlo, el coro se desahoga por la boca. Le hemos tronchado pies y manos, de modo que ni obre ni huya. Y está condenado al sacrificio parlante.

—Como el poeta.

IV

IFIGENIA

Conocida es la historia: Trasmitióse la maldición de Tántalo por toda la familia. Tántalo contagia a Pélope, y éste a Triestes y a Atreo, sus hijos. Agamemnón y Menelao nacen malditos, y la Helena de Menelao se encarga de propagar el mal a toda la raza de los hombres, mientras que la Clitemnestra de Agamemnón, adúltera, muere apuñalada por su hijo Orestes. Según la sencilla interpretación clásica, a Orestes toca redimir la maldición. Persíguenlo las Erinas o Furias de la madre, y por sus padecimientos y ruda justicia, lo absuelve un consejo de ancianos que tiene poder sobre las cosas del cielo. Es decir: que el pecado se redime por la expiación. Y esto pudiera parecer admisible a un cristiano; pero sólo desde un punto de vista individual. La expiación de Orestes puede ser que redima a Orestes; pero ¿por qué a toda la raza? A los hombres no nos redimió la expiación de Adán —dice el cristiano—. Los antecesores de Orestes sufrieron también por sus crímenes, y no anularon la maldición. En cuanto al consejo de ancianos, es una mera ficción plástica.

A Ifigenia, hija de Agamemnón y de Clitemnestra, hermana de Orestes y de Electra (y de Crisotemis, de quien nadie se acuerda), he querido confiar la redención de la raza. Es más digna ella que aquel colérico armado de cuchillo. Además de que me inclino a creer que lo femenino eterno—molde de descendencias—es más apto para este milagro cosmogónico de las depuraciones que el elemento masculino.

Conocida es la historia: En Áulide, las naves de Agamemnón que se dirigen a Troya han sido ba-

tidas por el viento. Los dioses, para aplacar su cólera, han pedido el sacrificio de Ifigenia. En vano interviene Odiseo con sus piadosos engaños (la virgen helénica no entenderá nunca esta piedad) e Ifigenia será ataviada para unas fingidas nupcias. En vano: Eurípides nos la presenta, espantada y terrible, lanzando aquellas palabras de dudoso helenismo: "Vale más vivir miserablemente que morir con gloria". Cuando Ifigenia, en fin, se inclina bajo el cuchillo de Calcas, la diosa Artemisa la hace desaparecer, la arrebata, y la transporta a la tierra de Táuride, donde la consagra para su sacerdocio. Aquel pueblo brutal adora a Artemisa, y sacrifica en su templo a los extranjeros. Un día, encuentran, al pie de la diosa, a la nueva sacerdotisa.

Y ésta, en Eurípides, en el teatro francés, en el alemán y el italiano, en todos los imitadores de la *Ifigenia en Táuride*, recuerda su vida anterior y se lamenta de tener que preparar sacrificios humanos, interrogándose sin cesar sobre la suerte de su familia y de su patria. Al fin llega Orestes, acompañado de Pílades el providencial. Los dioses le han pedido el rapto de la Artemisa que se adora en Táuride, como prueba final de sus expiaciones. Se opera la "agnición" o "anagnórisis", el reconocimiento de los hermanos, en unos diálogos que no olvida quien los ha leído una vez. Y Orestes y Pílades huyen, llevando consigo a Ifigenia y a la Artemisa, que es libertada así del culto de sus adoradores bárbaros. La maldición de Tántalo ha sido redimida.

No admite ya nuestra inteligencia estos medios de salvación. Creemos que una maldición no se redime sino con el choque de otra fatalidad. Cargamos a Ifigenia de un dios tan rudo y tan altivo, que en ella rematará el daño de la raza, como una flecha que rebota contra un escudo.

Y ante todo, queremos que Ifigenia, sacerdotisa de Táuride, viva como en sueños, sin el recuerdo de su vida anterior, el cual una divinidad sabia, armónica, habrá cuidado de arrebatarle al envolverla en la nube que la ocultó. Que sea Orestes quien venga, como rayo, a encender en ella la memoria de su vida anterior, irritando—con la alegría de la conciencia cobrada—el horror de saberse hija de los Infiernos. Que Orestes robe en buen hora la estatua de la diosa, pero que no logre convencer a Ifigenia. Ella, superior a la vendetta de Micenas, aprovecha la hora en que los destinos vacilan, y, escogiendo la emancipación, se niega a volver a la patria. Ha anulado la maldición. Vive en sus entrañas el germen de una raza ya superada.

Concebimos en un principio solamente la idea de la pérdida de la memoria: la verdadera tragedia de Ifigenia no nos parecía compatible con el recuerdo de su vida anterior. Había que guardarla en el misterio de su desaparición y su reaparición, como a una estrella envuelta en una nube, y hacer que Orestes, provocando en ella el conocimiento del pasado, vertiera en su alma todo el horror de la certeza.

Poco a poco, la antigua fábula se fue desvistiendo a nuestros ojos de sus atavíos inútiles, y se redujo a un poema sin arqueología, donde pierde todo su valor la historia del rapto de la imagen. Y nos sedujo la idea de tratar el asunto con cierta escasez verbal y en un solo estilo de metáforas. Una obsesión por determinadas palabras muy concretas (mano, brazo, pie, fuerza, oro, piedra, sangre, leche; vocabulario de entrañas, verbos de estallido y agitación, adjetivos de dureza; reiteración de ciertos términos que un oído habituado percibirá fácilmente) podía hacer de brújula esté-

tica. Era menester escoger una dirección muy precisa para, con la preparación—o mejor—la impreparación poética actual, abordar un tema de esta especie. Y menos mal en los trozos líricos; pero ¿y las narraciones inevitables? Un alto testigo del pensamiento poético contemporáneo, Paul Valéry, confiesa, comentando el *Adonis:* "Cierto es que, en los versos, todo lo que es necesario decir, casi es imposible decirlo bien." Así andamos ahora. Opté por estrangular, dentro de mí propio, al discípulo del Modernismo. Suprimí todo lo cantarino y lo melodioso; resequé mis frases, y despulí la piedra. Nadie podrá decir que engaño.

¿Qué final dar al episodio? ¿Ifigenia había de huír de Táuride, como en mis grandes modelos? No lo sabíamos aún hace unos cuantos años. Un súbito vuelco de la vida vino a descubrirme la verdadera misión redentora de la nueva Ifigenia, haciendo que su simbolismo creciera solo—como una flor que me hubiera brotado adentro.

En este retiro plácido del verano—al que agradecemos tantas horas de contemplación junto al mar, y el consejo de sus colinas—entrecerramos los ojos, para dejar nacer, en redor de la sacerdotisa, a sus compañeros necesarios. Poco después, el otoño de Madrid, consejero inquieto, tuvo, sin embargo, piedad de nuestras cuartillas comenzadas.

1923.

A. R.

BIBLIOTECA CALLEJA

PRIMERA SERIE

OBRAS PUBLICADAS

AZORÍN:
- Parlamentarismo español . 3,50 PTS.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ:
- Diario de un poeta recién casado . . . . 3,50 PTS.
- Platero y yo. . . . . . . 3,50 PTS.
- Estío . . . . 3,50 PTS.
- Sonetos espirituales . . . 2,— PTS.

RICARDO DE ORUETA:
- Berruguete y su obra *(166 fotografías)* . . . . 10,— PTS.

G. K. CHESTERTON:
- Ortodoxia . . . . 3,50 PTS.
- Pequeña historia de Inglaterra . . . . 5,— PTS.
- El hombre que fue Jueves 5,— PTS.
- El candor del P. Brown . . 5,— PTS.

P. SAVJ LÓPEZ:
- Cervantes . . . . 3,50 PTS.

RODRIGO ZÁRATE:
- España y América . . . . 3,50 PTS.

J. MORENO VILLA:
- Evoluciones. . . . . 4,— PTS.

ANDRENIO:
- Novelas y novelistas . . . 4,50 PTS.

R. PÉREZ DE AYALA:
- Política y toros . . . . . 4,50 PTS.
- Las Máscaras. I . . . . . 4,50 PTS.
- Las Máscaras. II . . . . 5,— PTS.
- Prometeo . . . . 5,— PTS.
- El sendero andante. . . . 6,— PTS.
- Belarmino y Apolonio . . 5,— PTS.

JULIO CASARES:
- Crítica efímera. I . . . . 4,50 PTS.
- Crítica efímera. II . . . . 4,50 PTS.

MANUEL BUENO:
- En el umbral de la vida . . 4,— PTS.

MANUEL AZAÑA:
- Estudios de política francesa contemporánea . . . 4,50 PTS.

JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA:
- El Poema de la Pampa . . 4,— PTS.
- La intimidad literaria . . 4,— PTS.

LUIS BELLO
- Ensayos e imaginaciones sobre Madrid . . . . 4,— PTS.

RAFAEL CALLEJA:
- Rusia, espejo saludable para uso de pobres y de ricos . . . . 5,— PTS.

ANDRÉ GIDE:
- La puerta estrecha . . . . 5,— PTS.

GEORGES DUHAMEL:
- Vida de los Mártires . . . 5,— PTS.

MANUEL GÁLVEZ:
- El solar de la raza . . . . 4,50 PTS.

EUGENIO D'ORS:
- Glosas . . . . 4,50 PTS.

JOSÉ MARÍA CHACÓN:
- Ensayos críticos de literatura cubana. . . . . . 6,— PTS.

J. FRANCOS RODRÍGUEZ:
- Días de la Regencia . . . 4,50 PTS.

F. ISCAR PEYRA:
- La bolsa y la vida . . . . 5,— PTS.

JOSÉ VASCONCELOS:
- Estudios indostánicos . . 6,— PTS.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA:
- El alba y otras cosas . . . 5,— PTS.

ALFONSO REYES:
- Ifigenia cruel . . . . . . 3,50 PTS.